

Juan Papini

SUFRIR MUCHAS COSAS

Que debía morir, y dentro de poco, y de muerte infamante, Jesús lo había sabido siempre. Era el premio que le correspondía y nadie se lo había de arrebatar. Quien salva está pronto para perderse; quien rescata a otros es fuerza que pague con todo sí mismo, es decir, con el único valor que sea verdaderamente suyo, que sobrepasa y comprende todos los otros valores; quien ama a los enemigos justo es que sea odiado también por los amigos; quien lleva la salud a todos los pueblos debe ser matado por su pueblo; quien ofrece la vida merece recibir la muerte. Cada beneficio es una ofensa tal a la ingrata resistencia de los hombres que sólo puede ser vengado con la mayor de las penas. Nosotros prestamos oído solamente a las voces que se levantan de los sepulcros y nuestra escasa capacidad de veneración está reservada a aquellos que hemos asesinado. No quedan en la caduca memoria del género humano más que las verdades escritas con sangre.

Jesús sabía lo que se preparaba para él en Jerusalén y en todos sus pensamientos, como más tarde lo dirá uno que fue digno de copiarlo, llevaba esculpida la muerte. Por tres veces, antes de entonces, habían intentado matarlo. La primera vez en Nazaret, cuando lo llevaron a la cresta del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad y querían arrojarlo abajo. Una segunda vez, en el Templo, los Judíos, ofendidos por sus discursos, echaron mano a las piedras para lapidarlo (Jn.8, 59). Y una tercera, en la fiesta de la Dedicación (CX), en invierno, cogieron otra vez piedras de la calle para hacerlo callar (Jn. 10, 31).

Pero las tres veces pudo librarse, porque su día no había llegado aún. Estas promesas de muerte las guarda en el alma, para sí solo, hasta los últimos tiempos. No quería entristecer a sus discípulos que, tal vez, se hubieran escandalizado de seguir a un condenado ya moribundo en su corazón. Pero después de la triple consagración de su Mesianidad — el grito de Pedro, la luz del Hermón, el ungüento de Betania — no podía más callar. Conocía demasiado bien las ingenuas y ardientes aspiraciones de los Doce. Sabía que, pasados los raros instantes de entusiasmo y de iluminación, no eran siempre capaces de pensamientos que no fueran los del vulgo, humanos hasta en los sueños más sublimes. Sabía que esperaban al Mesías como a un victorioso restaurador de la edad de oro y no como al Hombre de los Dolores. Lo pensaban Rey en el trono y no malhechor en el patíbulo; triunfante entre los homenajes y los tributos y no despreciado con salivazos y golpes; viniendo a resucitar a los muertos y no para ser asesinado como un asesino.

Era necesario — para que la nueva certeza no se desmoronase en ellos el día de la ignominia— que fueran advertidos. Que supieran de la propia boca del Mesías y del condenado, que el Mesías debía ser condenado, que el victorioso debía desaparecer en una atroz derrota, que el Rey de todos los Reyes debía ser insultado por los sirvientes del César, que el Hijo de Dios debía ser

crucificado por los ennegrecidos servidores de Dios.

Tres veces habían intentado matarlo; por tres veces anuncia a los Doce, después de la confesión de Pedro, la próxima muerte (Mc. 8, 31, 10, 33, 34, 14, 8). Y de tres especies serán los hombres que ordenarán su muerte: los Ancianos, los Príncipes de los Sacerdotes, los Escribas.

Y tres serán los cómplices necesarios de su muerte: Judas que lo traiciona, Caifás que lo condena, Pilatos que concede la ejecución de la condena. Y serán de tres especies los ejecutores materiales de la pena: los esbirros que lo tomarán preso, los judíos que gritarán crucifícale, bajo el pretorio, los soldados romanos que lo clavarán en el madero.

Tres grados, como el mismo lo dice a los Discípulos, tendrá el castigo. Primero será escarnecido y ultrajado, después escupido y azotado y, finalmente, matado. Pero no deben espantarse ni llorar. Como la vida tiene la recompensa en la muerte, la muerte es una promesa de una segunda vida. Después de tres días resucitará del sepulcro para nunca jamás morir. El Cristo no trae consigo abundancias de oro y de trigo pero sí la inmortalidad para todos los que le obedecerán y la cancelación de todo pecado. Pero la inmortalidad y la liberación deben ser pagadas con sus contrarios: con la prisión y con la agonía. El precio es duro y fuerte, pero los pocos días de la pasión y del sepulcro son necesarios para comprar los miles de años de vida y de libertad.

Los discípulos, en presencia de estas revelaciones, se turban y no quieren creer. Pero Jesús ha empezado ya a sufrir, representándoselos en el pensamiento y diciéndolos con palabras, los días terribles del fin. Los herederos de su palabra ya lo saben todo y Cristo puede encaminarse a Jerusalén para que se cumpla hasta lo último lo que ha dicho.

(Tomado de Historia de Cristo, Ed Lux, Chile, Pág. 259 y ss.)